

abundamiento tenia claro salvoconducto emanado de la autoridad imperial, debía aparecer á los ojos de todas las potestades de la tierra con igual inviolabilidad á la del César, á quien debía su seguro y en quien libraba su confianza. Pero Juan Huss tenia muchos enemigos: en primer lugar á aquel pirata con tiara á quien llamaban Juan XXIII y que aborrecia no solamente la doctrina sino la virtud del animoso revolucionario; en segundo lugar á los padres mas reformadores del concilio, á los mas opuestos á la tiranía pontificia, como el venerable Gerson y Pedro de Ailly, que detestaban la tendencia democrática de Huss porque querian la salud de la Iglesia por medio de la conciliacion y de la concordia; en tercer lugar á la ignara multitud que compone el núcleo de todas las asambleas y que no se detenia ni á reflexionar ni á discutir, odiando instintivamente á Juan Huss con el odio salvaje de la supersticion y de la intolerancia. Así, á pesar del seguro y del salvoconducto, no bien llegó á Constanza, lo recluyeron tristemente en oscuro é infecto calabozo. A las orillas del Rhin, bajo el lago, donde las tinieblas se espesaban de tal suerte que no podia leer ni escribir, circuido de una atmósfera emponzoñada por la proximidad de infectas cloacas, expuesto á morir por la fiebre que en sus venas engendraba la sobra de humedad y la falta de aire, atenaceado el corazon no solo por los propios dolores, sino por los ecos de las orgías y de las fiestas conciliares que llegaban hasta aquel abismo, potro y tormento de una libre conciencia. Mientras el proceso de Juan Huss corria sus trámites necesarios, un discípulo suyo, un eslavo cuyo nombre era Mies, alzóse predicando que el pueblo debía participar no solo de la hostia sino tambien del cáliz, recibir no solo el cuerpo de Cristo contenido en el pan sino tambien la sangre contenida en el vino y reservada solamente á los sacerdotes. Así, así comienzan las democracias. Esta comunión, á primera vista pura y simplemente eclesiástica, albor era, comienzo, iniciación de otra mas tangible y mas práctica en las ideas del derecho. Al sentir los laicos derramarse por sus venas la sangre del Salvador, sentian derramarse por sus almas el principio divino de la igualdad social. Este principio necesitaba mártires y los tuvo y se llamaron Juan Huss y Jerónimo de Praga.

Escapado y fugitivo el Papa quedó la Asamblea conciliar á merced del Emperador. Y si este fuera capaz de sentir asomo de conciencia en su mente



abundamiento tenia claro... autoridad imperial, debia aparecer á los ojos de... inviolabilidad á la del César, a... Pero Juan Huss... pirata con tiara á... la doctrina sino la... padres mas reformados... como el venerable... crítica de Huss... cion y de... nucleos de... odian... de la... Const... orilla... que no... proximidad de infectas cloacas, expuesta a... nas engendraba la sobra de humedad y la falta... no solo por los propios dolores, sino por los ecos de sus... conciliar que llegaban hasta aquel abismo, palio y tormento... conciencia. Mientras el proceso de Juan Huss corria sus... un discípulo suyo, un esclavo cuyo nombre era Mies, al... pueblo debía participar no solo de la hostia sino... solo el cuerpo de Cristo contenido en el pan... en el vino y reservada solamente á los sacerdotes... mocidad. Esta comunión, á primera vista... alborozos, comienzo de otra... del... Al... vado, sentian... social. Este principio... y Juan Huss y Jeronimo de Praga.

Escapado y... quedó la Asamblea conciliar á merced del Emperador. Y...



EL OBISPO DE LODI PREDICANDO CON MOTIVO DEL PROCESO DE JUAN HUSS

y asomo de vergüenza en su rostro, aprovechara la ocasion de devolver su libertad á Juan Huss. Pero no, cegada del fanatismo religioso aquella su débil inteligencia, despues de quemar las peticiones del pueblo y de la aristocracia de Praga demandando la libertad del apóstol, reúne el concilio y le conjura al castigo. En efecto, las puertas de Constanza presencian un terrible espectáculo. Inmensa hoguera está aparejada para abrasar á un hombre; este hombre ha sido despojado de sus vestiduras y de sus dignidades eclesiásticas en presencia del Emperador, el cual acaba de empeñar una ciudad para presentarse con mas lujo en aquella lúgubre ceremonia. Despojado el apóstol de su ministerio y de su traje es conducido al terrible brasero para que se convierta en mártir, eternamente compadecido de todas las generaciones y eternamente loado en todas las historias. Juan Huss sube al cadalso, y en el momento de subir ve á un campesino, de aquellos por cuya libertad moria, llevar su haz de leña á la hoguera. «¡Oh santa estupidez!» grita con terrible ironía. Y como las llamas le circundaran y le consumieran, sobre su terrible fragor levanta el cántico religioso, que prueba cómo el alma se desciñe por la inspiracion del cuerpo y vuela al cielo burlándose del despotismo y del tormento de los hombres. Las llamas lo devoran y sus cenizas se aventan. Aquel corazon consagrado á la humanidad entera, herido por el amor á las nuevas ideas, es taladrado de un clavo y puesto á asar en las brasas como un tosco trozo de carne. Bajo la hoguera ponen sus enemigos un bueypodrido que exhala hedor horrible para hacer creer á las gentes en la corrupcion y en la podredumbre del consumido cuerpo. A los pocos dias le sucede en el suplicio su propio discípulo Jerónimo de Praga. Mas elocuente, mas inspirado, mas sabio que el maestro, el terror le sobrecogió hasta el punto de haber una vez suspendido la fuerza de su carácter y obligándole á perpetrar una retractacion. Mas rehecho y repuesto, proclamó en voz alta su doctrina y aceptó con exaltacion su martirio, primero por dar testimonio público de su fe y despues por reunirse en otro mundo mejor con su adorado maestro. Los padres del concilio se asombraron de su serenidad ante las amenazas, de su estoica indiferencia en el dolor, de su menosprecio á la vida, de su sublime abnegacion en la muerte, de las ideas que vertia cuando ya tocaba en la eternidad, del cántico de triunfo exhalado por sus labios cuando ya le rodeaban y le consumian las llamas. Con Caton